

Jaime Orrego

University of Iowa

Munich

A Pía y Camilo

Aún medio dormido, Santiago abrió los ojos, dio una mirada a su alrededor, y volvió a una realidad que había dejado un par de horas antes cuando sentado en la silla, se quedó dormido. Cerró los ojos nuevamente, tratando de volver a dormir y alejarse, de alguna manera, de la tristeza que había a su alrededor. Pero sus intentos fueron en vano, pues un fuerte dolor de espalda, lo hizo ir en busca de una pastilla que se lo remediara. En su camino hacia la cafetería, pudo ver en la cara de las demás personas que se encontraban en la sala, que nadie entendía aún lo que había sucedido, y ése era el dolor más grande, no entender por qué sucedían cosas de ese tipo.

Mientras se encontraba en la cafetería tomando un café con la pastilla que supuestamente le quitaría el dolor, Santiago vio como su madre se sentaba en frente de él.

- ¿Qué tomás? – Le preguntó su madre.
- Una pastilla para el dolor de espalda.
- ¿Te está molestando?
- Sí mamá. Me preocupa que no vaya a ser capaz de jugar el próximo viernes.
- Seguro que sí vas a poder. Espero entonces que te mejores. Voy a sentarme un rato al lado de la abuela.
- Bueno, nos vemos más tarde.

Después que terminó de tomar su café, Santiago caminó hacia la silla en la que había dormido unas horas. Pero antes de sentarse, miró por unos momentos nuevamente a Sofía y a Rodrigo...aún no lo podía creer...las lágrimas salían de sus ojos, y en medio de su llanto, decidió sentarse y tratar así de calmarse. Quería volver a dormir, pero sabía que más tarde se despertaría y tendría que enfrentarse de nuevo a la tragedia. Santiago pensó que lo que estaba viviendo era lo peor que había sucedido en toda su vida.

*

Eran poco más de las cinco de la mañana en un día del verano chileno, mientras se preparaba para viajar al aeropuerto. Había llorado prácticamente toda la noche del día anterior, tenía sus ojos hinchados, y ante las preguntas de su madre, él respondió:

- No me pasa nada, es que me acosté muy tarde.

Santiago no podía ocultar la tristeza que sentía al dejar aquel país, y en especial, aquella ciudad que le había dejado vivir los momentos más felices en sus quince años de vida. Sabía que nunca volvería a ver a su amigo Claudio, con quien iba al centro de la ciudad a caminar y divertirse con todos aquellos payasos que contaban chistes y hacían unas cuantas maromas a las gentes por unas monedas. Sabía que tampoco podría ir nuevamente a la playa con su amigo y mirar a las chicas en sus vestidos de baño, en especial a las extranjeras que llevaban vestidos más pequeños que las bañistas locales. Nunca más vería a Ruth, quien le organizó dos fiestas en su casa; una de bienvenida, y la última, la despedida, en la que por primera vez tomó pisco y otras bebidas alcohólicas y sintió los mareos a que estas bebidas lo llevaron. Todo ésto y más era lo que Santiago veía alejarse a medida que el carro de don Elías se acercaba al aeropuerto y dejaba atrás las luces de la ciudad.

El viaje al aeropuerto fue esta vez más corto de lo normal, y sin siquiera pensarlo, Santiago y su familia se despedían de don Elías, persona que fuera muy importante en sus vidas por la amistad incondicional que les brindó y por toda la ayuda que les prestó mientras la familia vivió en aquel país. Al entrar al avión, Santiago quedó maravillado por el tamaño; nunca había viajado en uno tan grande y por un momento olvidó la tristeza enorme que sentía, y recordó que un avión similar había caído sólo dos meses antes en la ciudad de Nueva York, porque se quedó sin gasolina y los pilotos no hablaban el inglés suficiente para comunicárselo a los controladores aéreos. Murieron más de setenta personas y hubo otra gran cantidad de heridos. Santiago se sentó en uno de los asientos más cerca de la ventana y así poder dar lo que sería su última mirada a la ciudad.

El tiempo del vuelo fue de poco más de seis horas, tiempo en el cual Santiago no dejó de pensar en Claudio, Ruth y todos sus amigos de la escuela. Recordó aquellas tardes después de salir de clase, en las que todos juntos iban a divertirse en las tiendas de video juego cercanas a la escuela, jugaban hasta que fuera la hora en la que nadie podía quedarse en ellas, ya que existía una ley en la que a ciertas horas del día, aquellos jóvenes con uniforme de escuela no podían estar en las tiendas de video juego. El aterrizar en el aeropuerto de la ciudad sirvió para que Santiago se diera cuenta definitivamente que no volvería a ver a sus amigos. Al salir del avión, y al ver la cantidad de gente que los estaba esperando en el aeropuerto, entendió los motivos por los cuales sus padres querían estar de vuelta en la ciudad donde vivía toda su familia. Ellos extrañaban todo el amor que sus hermanos y sobrinos les daban.

Llegaron directamente a la casa de la abuela, pues ella había preparado una cena para todos. Después de comer los tan extrañados frijoles y arepa, Santiago se puso a conversar con sus primos Diego y Miguel. Ellos querían que les contara cómo eran las chicas en el

CÉFIRO JOURNAL

otro país, si había tenido la oportunidad de besar alguna, y otras tantas preguntas que lo hicieron entristecerse nuevamente, y volver a recordar todas las alegrías que había dejado atrás. Luego que Santiago respondió todas las preguntas, Miguel sacó una botella de aguardiente para celebrar que su primo estaba de nuevo con ellos. Se tomaron entre los tres casi toda la botella; cuando era hora de ir a la cama, Santiago apenas podía caminar, su tía Marta no entendía qué pasaba y cuando comenzaba a sospechar, Miguel salió en su ayuda, y le dijo a su madre que Santiago se encontraba muy agotado por el viaje, pues había estado viajando por más de seis horas.

Al día siguiente, Santiago se despertó con un fuerte dolor de cabeza y con mucha sed, apenas cuando llegaba a la cocina, sintió el olor del desayuno que Marta le preparaba. El desayuno le hizo olvidar el dolor de cabeza y le devolvió las energías perdidas la noche anterior. Después del desayuno, el esposo de Marta, Javier, ya lo estaba esperando para que fueran juntos a la que se convertiría en su nueva escuela. No pasó más de media hora cuando Santiago y Javier ya se encontraban en camino a la escuela, que era la misma en la cual estudiaban sus primos. Al llegar, se dirigieron directamente a la oficina del rector, y Javier tomó la palabra al hablar con el sacerdote, quien no puso ningún impedimento a que Santiago comenzara la escuela al día siguiente.

Desde su nuevo apartamento, le tomó veinte minutos en autobús para llegar a la escuela, pero como no conocía a nadie, Santiago prefirió encontrarse con sus primos y de esta manera llegaría acompañado. Cuando entró al aula de clases, nadie se percató que había alguien diferente, sólo hasta que llegó el maestro, y lo hizo presentarse frente al resto de los estudiantes, fue cuando se dieron cuenta que había una persona nueva en la clase. Santiago odió su escuela y a sus compañeros de clase, quería volver a su antigua escuela y así poder estar cerca de sus mejores amigos. Fue entonces cuando pensó que el haber vuelto a su país era lo peor que había sucedido en toda su vida.

*

Diego se acercó y le dio un par de palmadas en la espalda que lo hicieron dejar atrás sus memorias.

- ¿Cómo va todo? – preguntó Diego.
- Bien hermano, con un dolor de espalda que no me deja casi ni caminar. – respondió Santiago.
- ¿Entonces no vas a poder jugar el partido el próximo viernes?
- Claro que sí. Estaré, como siempre, en la defensa tratando de evitar tus goles.
- Muy bien, yo estaré tratando de hacerlos. – le dijo Diego mientras le daba un abrazo para luego irse y sentarse solo, al frente de los cuerpos de Sofía y Rodrigo.

*

En la primera semana de clases él pasaba más tiempo con sus primos que tratando de conseguir nuevos amigos... ¡cómo extrañaba su escuela anterior! donde a pesar de su timidez, no tuvo ningún problema para socializarse. Casi ni necesitó hacer ningún esfuerzo, pero en esta escuela todo fue diferente. Le tomó un buen tiempo para pasar los recreos con personas diferentes a sus primos. Además, las notas de su clase de inglés no eran las mejores, estaban muy por debajo del promedio de sus otras clases. Sólo hasta que comenzó el campeonato de fútbol, fue cuando las cosas cambiaron para Santiago, y comenzó a integrarse un poco más con sus compañeros de clase. Fue incluido en uno de los equipos que se formó en la clase que recibió el nombre de Munich. Como de costumbre, Santiago jugaría en la defensa.

El primer juego fue un gran éxito, apabullaron al otro equipo fácilmente. El siguiente equipo sufrió las mismas consecuencias del anterior, y así poco a poco Munich se fue convirtiendo en uno de los favoritos en el campeonato interno de fútbol. Cada uno de sus primos había formado un equipo diferente, pero no se enfrentarían con Munich sino hasta las siguientes rondas. El campeonato de fútbol le daba grandes alegrías, y logró que poco a poco se fuera acostumbrando a su nueva escuela y a sus nuevos compañeros de clase.

Santiago no podía esperar a cada viernes en los que se jugaba el campeonato en el coliseo del colegio, cuando él no jugaba, estaba animando a los equipos de sus primos. Munich era primero de su grupo, no habían perdido ningún partido, y tenían al goleador del campeonato, Andrés Alzate, que según varios profesores de educación física, podría ser una de las figuras del fútbol colombiano en el futuro.

Fue de este modo como poco a poco fue dejando de lado la tristeza de no estar en su escuela anterior, y cada vez tenía un grupo de amigos mayor. Después de los partidos de fútbol, Santiago iba con el resto de integrantes de Munich a tomar unas cervezas para celebrar cada triunfo. Pasaban el tiempo juntos hasta que eran cerca de las seis de la tarde, entonces Santiago iba a la casa de la abuela, donde se reunía con el resto de su familia, y luego viajaban a su casa. Después de llegar a su casa y comer, se bañaba y se preparaba para salir con sus primos. Normalmente siempre hacían lo mismo, iban a la casa de uno de sus amigos, y se ponían a escuchar música, jugar cartas y hablar de todas las chicas que conocían.

*

El llanto de su tía Marta en frente de los cuerpos de Sofía y Rodrigo lo hizo levantarse de su silla para tratar de consolarla. Marta en medio de sus llantos le dijo:

- Yo siempre quise mucho a Sofía y Rodrigo. Para mi Sofía siempre fue un ejemplo para que todos ustedes siguieran. Muy seria, muy buena estudiante y siempre muy alegre. Y Rodrigo...qué niño tan juicioso, él no parecía un niño, parecía un adulto.

CÉFIRO JOURNAL

Santiago no pudo decir nada. No podía contener sus lágrimas ante las palabras de su tía. Aquellas palabras le habían llegado a lo más profundo de su alma. Abrazó a su tía y caminó con ella hasta el sitio donde estaba Javier, quien la abrazó y le ayudó a sentarse.

*

El plan de los sábados en la mañana era ir a la casa de Luz donde se encontraba con Diego. Allí Vicky y Sofía les explicaban algunos temas de inglés y les ayudaban con sus tareas, pero Diego y Santiago se interesaban más por los deliciosos frijoles que su tía cocinaba para el almuerzo, que por la ayuda de sus primas. Es así como después de las clases, almorzaban todos juntos y luego veían televisión o jugaban con Rodrigo, el hijo de su primo Ramiro. El ir a la casa de su tía Luz, era siempre un gusto, porque Santiago tenía una muy buena relación con sus primas Vicky y Sofía a pesar de la gran diferencia de edad.

El martes dos de octubre de ese año era un día aparentemente normal en la vida de todos. El padre de Santiago se encontraba en un viaje de negocios en el sur del país, mientras su madre, como de costumbre, se dedicaba a las labores de la casa. Ese día Sofía se levantó un poco más temprano de lo normal pues quería terminar de arreglar todos los libros que tenía en la biblioteca. Mientras ella hacía esto, su sobrino Rodrigo jugaba cerca de ella con unos carros de juguete, y su madre Luz hablaba por teléfono con Marta. La conversación telefónica se cortó inesperadamente, y cuando Marta intentó comunicarse de nuevo, la línea estaba ocupada.

Santiago se encontraba en recreo tomando gaseosa y hablando con sus amigos acerca de lo que sería el juego de Munich el viernes siguiente contra Arsenal, y mientras todos discutían acerca del marcador del juego, la conversación fue interrumpida por una explosión. Al escucharla todos corrieron a la esquina de la calle para mirar y tratar de determinar dónde había ocurrido, pues esta vez se había escuchado muy cerca. Al llegar, Santiago y sus amigos vieron la humareda de color naranja a causa de los ladrillos.

- ¿Cuántos kilos creés que tuvo este carro bomba? – Dijo uno de sus amigos.
- Yo diría que más de cien – Respondió Santiago
- ¿Cuántos muertos creen que hubo? – Dijo otro.
- No sé...creo que es difícil saberlo escuchando simplemente la explosión. – respondió otro – Pero no importa, ya es tiempo de volver a las clases...Más tarde nos enteraremos.

Marta seguía tratando de comunicarse nuevamente con Luz, pero la línea seguía ocupada. Ya comenzaba a preocuparse, y llamó a la casa de la abuela, donde ya se habían recibido llamadas de todos los hijos e hijas, a excepción de Luz, comprobando que nada hubiera pasado a raíz de la explosión, que según las noticias, había sido cerca del estadio de fútbol; donde vivían la gran mayoría de tíos y tías de Santiago.

Las labores normales de la madre de Santiago fueron interrumpidas por una llamada telefónica de Vicky, quien la llamaba desde una ambulancia.

- Tía...tía...no se imagina lo que pasó en la casa – Dijo Vicky.
- Pero, ¿estás bien? – Preguntó la madre.
- Sí, yo estoy bien.
- Y el resto... ¿Cómo están?

Vicky no respondió...sólo se escuchó su llanto. Un paramédico tomó el teléfono y preguntó:

- ¿Cuál es su relación con la señorita?
- Yo soy su tía, pero por favor cuénteme lo que pasó.

Después de escuchar las palabras del paramédico, y anotar el nombre del hospital en el que estaría Vicky, la madre de Santiago se dirigió hacia la casa de Luz. Estacionó su carro a dos cuadras de la casa pues ya la policía tenía cerradas ciertas calles. Mientras caminaba hacia la casa de Luz, ella esperaba lo peor. Fueron dos cuadras caminando en las que rezó todas las oraciones que se sabía, o por lo menos las que se acordaba en aquellos momentos de angustia. Cuando llegó al frente de la casa de Luz, después de discutir con unos policías que no la dejaban pasar, se sentó en la calle y se puso a llorar. No podía creer lo que tenía en frente.

Santiago salió de su clase de química y se dirigió, como de costumbre, hacia la casa de su tía Marta para almorzar. Tocó la puerta por varios minutos y viendo que nadie respondía, se dirigió muy extrañado a la casa de su abuela donde sabía que siempre había alguien. Mientras se acercaba poco a poco, veía cómo muchas personas entraban y salían de la casa de su abuela. Pensó que algo le había sucedido a su padre en el viaje. Al preocuparse caminó un poco más rápido, casi corría, y al entrar, con gran impacto vio como todas las personas se encontraban llorando, Santiago no entendía nada de lo que pasaba. Antes que él dijera una palabra, una de sus tías le preguntó:

- ¿Sabés lo que pasó?

Con sólo escuchar la pregunta, él sintió un frío enorme por todo su cuerpo, podía sentir poco a poco como su cara iba palideciendo y como sus labios se iban poniendo duros. Se sentó y muy a lo lejos escuchaba que su tía decía algo. Él aún no reaccionaba a las palabras de su tía, y después de unos momentos, se enteró que a raíz de la explosión de un laboratorio de droga en la casa contigua a la de su tía Luz, habían muerto Sofía y Rodrigo, y su tía Luz se encontraba luchando entre la vida y la muerte en el hospital.

La madre de Santiago tomó fuerzas y una de las vecinas le entregó una sábana para cubrir el cuerpo de su sobrina Sofía, casi ni podía caminar del dolor tan inmenso que sentía en su interior. Posteriormente se enteró que Rodrigo fue llevado al hospital pero que nada

CÉFIRO JOURNAL

pudo hacerse para salvar su vida. La explosión había sido muy fuerte para ser soportada por un niño de menos de cinco años. Después vio venir a Santiago y lo abrazó con todas sus fuerzas.

- Yo no sabía que a uno le podía doler el alma – Le dijo su madre llorando.

Santiago no respondió, simplemente la abrazó y los dos lloraron juntos por unos segundos hasta que su primo Diego les dijo que deberían tratar de rescatar cualquier tipo de objeto dentro de los escombros. El olor de los químicos que habían quedado esparcidos por todas las casas afectadas por la explosión era muy fuerte, casi intolerable. Fue así como luego de buscar por un tiempo, de discutir con los policías que no les permitían hacerlo y de no encontrar nada que se pudiera utilizar, los tres se dirigieron a la casa de la abuela, que se había convertido en el centro de reunión de todos.

*

Ya eran cerca de las nueve de la mañana cuando se dio cuenta que había pasado toda la noche prácticamente sin dormir y reviviendo cosas del pasado. Fue entonces cuando Luz llegó, en una silla de ruedas, con su cara completamente vendada, para darles el último adiós a su hija y a su nieto. Santiago se abrazaba con sus tías y primos en medio de las lágrimas, pero al ver la fortaleza que tenía Luz, pensó que lo peor ya había pasado.

Después de la ceremonia religiosa en Campos de Paz, diferentes personas fueron a la casa de la abuela a expresar su tristeza y a dar su apoyo. Eran personas que nadie hubiera pensado que estarían apoyando a la familia. Al parecer, todas aquellas diferencias que se tenían entre familias fueron olvidadas para apoyarse el uno al otro tras la tragedia, porque a pesar de la tristeza que embargaba a la familia por la pérdida de Sofía y Rodrigo, se respiraba un ambiente de amor dentro de todas las personas que entraban a la casa de la abuela. Cada integrante de la familia dejaba de lado su propio dolor, para apoyar a los otros familiares que estaban más tristes. Cada lágrima era contrarrestada con una sonrisa. Santiago no recordaba nunca haber visto tantos abrazos entre tíos, entre primos, entre hermanos, entre todos los que se cruzaran dentro de la casa de la abuela.

*

Aquel jueves cuando llegó a la casa de la abuela y vio que había varias patrullas de la policía, Santiago pensó que la pesadilla aún no había terminado. Mientras se acercaba poco a poco a la casa, él se daba cuenta cómo los policías que rodeaban la casa, fijaban su mirada en él, hasta que llegó al cordón policial y no le permitieron traspasarlo.

- Déjenme entrar... ésta es la casa de mi abuela – dijo Santiago.

Los policías no prestaban atención a sus palabras, simplemente no le permitían entrar. Él trataba de buscar a alguien que le informara lo que pasaba, hasta que vio a lo lejos a Marta.

- ¿Qué está pasando? – gritó Santiago.

- Que se van a llevar a Luz detenida, porque dicen que ella es la principal responsable de la explosión. – respondió Marta en medio de lágrimas.

Las palabras de su tía lo hicieron impacientarse más, y luchar más fuerte con los policías para que lo dejaran entrar, pero mientras luchaba y discutía con ellos, vio salir a Luz en su silla de ruedas, con su cara vendada y custodiada por la policía.

- El laboratorio de droga era en la casa vecina, no en la de ella – gritaba él cada vez más fuerte mientras veía cómo la patrulla de la policía se llevaba a su tía detenida.

Posteriormente, se enteraría en los noticieros que la fiscalía, después de investigaciones, detenía a Luz por el procesamiento de droga en su casa para luego enviarla a los Estados Unidos, donde según las autoridades, Luz tenía dos hermanos que eran procesados por tráfico de drogas.

*

En el juego más importante del viernes en la tarde, Munich perdió dos goles a uno contra Arsenal. Con este marcador, Munich fue eliminado de las semifinales del campeonato interno de fútbol. Hubo dos grandes ausentes en el juego, Diego y Santiago.